

D. CIRCUNSTANCIAS,

PERIÓDICO SATÍRICO-POLÍTICO.

LA GANGA DE LAS GANGAS.

Está visto: por mucho que un hombre se afane en recorrer todas las veredas del pensamiento, no encuentra lo que yo llamo la ganga de las gangas; esto es, el modo de vivir sin trabajar, á no ser que se ga moderado, cosa que no todos pueden hacer fácilmente, ¿Qué oficio, qué profesion, qué medio adopta uno para vivir alegre y descansadamente? Las letras estan rematadamente mal; las ciencias se miran con desden en estos tiempos de profundidad y de suprema inteligencia; las artes no tienen salida, y la única carrera que proporciona laureles y dinero no está exenta de miserias capaces de dar al traste con todas las ilusiones. Me refiero á la declamacion.

En efecto, qué gana un hombre con tener admirables disposiciones para el teatro, conseguir un buen ajuste y merecer los aplausos del público? Todo esto no hace mas que proporcionar el pan de cada dia, bien amargo por cierto, cuando como siempre sucede, ha de saborearse al sordo rumor de la envidia y de otras pasiones de que no estan exentos los artistas. Por ejemplo, si yo fuera un Valero ó un Arjona, aunque no me faltara que comer me cargaria el ver salir un periódico como *La Ortiga* encargado de decir que D. Julian Romea es el primer actor español, cuando como es notorio, el artista favorecido no puede hoy sostener la competencia con actores como los que he nom-

brado anteriormente. Y voy á aprovechar esta ocasion para dirigir cuatro palabritas á *La Ortiga*. ¿Con qué mision ha venido al mundo este periódico? ¿Trata de hacer algo en bien del arte? Nada de eso; *La Ortiga* no tiene mas objeto que hacer revivir la ya casi moribunda reputacion artistica de su protegido, para lo cual necesita rebajar á los que verdaderamente merecen el nombre de primeros actores. Está visto. Cuando el actor favorecido por *La Ortiga* mandaba en jefe, salia á la escena rodeado de nulidades que no podian hacerle sombra y siempre se reservaba los mejores papeles, por cuyo sencillo medio llegó á hacernos creer que efectivamente no tenia rival en la escena. Buen cuidado habia en imposibilitar la venida á Madrid de los que podian hacerle sombra, y si algun actor de reputacion entraba en el Príncipe era lanzado al olvido, y se preferia que no trabajase nada á que trabajase con buen éxito. Pero vinieron los Arjonas, los Valeros y los Calvos á Madrid; fueron bien recibidos, entusiasmaron al público, obtuvieron aplausos y coronas, y esto no podian sufrirlo con paciencia los hombres que tan injustamente habian logrado las caricias de la fortuna y los mimos de la ignorancia. Era preciso revelarse contra los buenos actores; echarlos de Madrid á toda costa; castigarlos severamente por el imperdonable crimen de tener un talento capaz de oscurecer á los Romeas. Para eso nació *La Ortiga*, que seguramente morirá sin lograr su objeto. ¿A dónde se camina? ¿Querrá darse lugar á que el público, apreciando lo que hay de bueno ó de mezquino en la conducta de ciertos artistas, les dé una leccion elocuente por esas rivalidades no provocadas por Valero y Arjona sino en el legitimo y noble terreno de la escena, trabajando con talento y conciencia? ¿Han hecho estos actores mas que desempeñar dignamente sus papeles para echar por tierra el exagerado orgullo de los antiguos esplotadores del arte dramático? ¿Se han resentido de que se aplauda á los demas? Mal pueden resentirse cuando sabemos bien *que del talento en la esfera, pueden brillar muchos soles*, y sobre todo cuando están persuadidos de la superioridad de sus fuerzas. Estos actores, lo repito, no han murmurado á sus rivales; no han hecho otra cosa que representar bien las comedias, para merecer las iras de aquellos, cuyo brillo ha sufrido un eclipse perpetuo.

Los señores Valero y Arjona pueden estar satisfechos del aprecio que merecen al público imparcial y á pesar de eso comprendo que en su lugar estaria lleno de corage, asi como Mirabeau se incomodaba de que le comparasen con Barnave, no porque desconociese su superioridad, sino porque le ultrajaba lo absurdo de la comparacion.

Queda, pues, probado que no es la declamación la carrera mas á propósito para llegar á los goces de una felicidad tranquila y descansada, y lo repito, el que desee darse lo que llamamos una vida reglona, no tiene que hacer mas sino meterse en el partido moderado, aunque sea en clase de alguacil ó revisor de carnes como se demuestra con el siguiente ejemplo.

El lunes 7 del corriente á las siete de la mañana, se presentaron en el almacén de comestibles, calle del Lobo número 35, los revisores de carnes nombrados por el señor Corcuera, teniente alcalde del distrito del Prado, acompañados de la ronda municipal y despues de reconocer varios géneros de los existentes en dicho almacén, recogieron un embutido de tres cuarterones de salchichon, diciendo que estaba en mal estado, y dejaron una papeleta de cita ante dicha autoridad para el dia siguiente á las once y media, al dueño del establecimiento que no se hallaba presente.

Acudiendo á la cita probó el dueño del establecimiento que el salchichon recogido estaba bueno, é hizo confesar á los mismos veedores delante de la autoridad, que dicho embutido no estaba en estado de perjudicar á la salud pública, con cuya declaracion el señor Corcuera mandó al dueño del salchichon que se retirase, como lo hizo no solo persuadido de que no sufriria ningun perjuicio, sino en la creencia de que se le devolveria el género. No obstante, dos ó tres dias despues se presentó en dicho local un alguacil á reclamar 15 rs. en esta forma: 10 rs. para los veedores cuya vista estaba turbada cuando reconocieron el salchichon, 4 para el alguacil por la cita y un real para el mozo de cordel conductor del salchichon á la alcaldia.

El dueño del establecimiento se presentó el dia 12 á reclamar ante el señor Corcuera, contra esta determinacion, pero no pudo haber apelacion porque habiendo pedido que se presentára el salchichon para que se reconociese por nuevos peritos, contestaron que ya no existia en razon á que lo habian tirado (regularmente entre pecho y espalda con una azumbre de lo de Valdepenas): hé aqui la administracion de justicia, por la que se exigieron 510 maravedises y ademas 3 cuarterones de salchichon.

Ahora bien; amados lectores. ¿saben Vds. que no hay ganga como ejercer un cargo de autoridad durante la dominacion de los moderados? Pues sépaulo Vds. de una vez y no se den de calabazadas para comprender porque digo yo que el ser moderado es lo que puede llamarse ganga de las gangas. Y esto es mas que claro: los que ejercen autoridad en el dia, pueden comer todo el salchichon, y ioda la

ternera y todos los besugos que quieran, solo con decir que dichos comestibles se hallan en estado de putrefaccion, y por si falta algun adherente el remedio no puede ser mas sencillo, pues basta con mandar un alguacil á pedir la multa, costas, derechos, propina ó como quiera llamarse, de modo que los vendedores no solo pierden el comestible, sino que tienen que pagar los postres.

Pero yo pregunto: ¿En qué pais del mundo se hacen denuncias sin fundamento?

¿En qué parte del mundo se desprecia el voto de los peritos?

¿En qué tierra se imponen castigos á los que no han delinquido?

¿En qué pueblo se abusa de la autoridad tan desembozadamente?

¿Y de qué proviene todo esto?

Esto proviene de la anarquía que reina entre los que tanto declaman contra la anarquia.

Proviene tambien de que en tiempo de los moderados á nadie le es permitido quejarse de las injusticias.

Proviene sobre todo de que los que ejercen alguna autoridad no comprenden la gravedad del cargo que desempeñan.

Y proviene, por último, de que no hay alcaldes para los alcaldes, ni jueces para los jueces, ni..... Otro dia acabaré la frase.

A LOS INTERVENTORES.

¡ Oh guerreros sin batallas
que á Roma con tal fiereza
encaminais vuestra hueste
por no decir patuleal

Ya que tan bravos y foscos
os hizo naturaleza

¿por qué no os lanzais impávidos
en mas valientes empresas?

¿Por qué no vais de los húngaros
á atacar la independenciam
y á reprimir su osadia
y á castigar su estrategia?

Direis que no os da la gana ;
direis que desde esta tierra

no os encontrais á propósito
para marchar tantas leguas.

Y esto porque no sois francos,
pues si hablarais con franqueza
diriais que eso no os place
porque la cosa es muy séria.

Diriais, para ser claros,
que no os gusta aquella guerra,
porque dar quereis al mundo
una leccion de prudencia.

Pero entre tanto, infelices,
lo que llamabais caterva
de pillos, hay quien afirma
que ya está dentro de Viena.

Si esto es verdad, desdichados
Dios os libre y os defienda
de esos que en vuestro concepto
son mas feroces que hienas.

Pues antes de pocos dias
van á armar tan guapa fiesta
que si Dios no hace un milagro,
si Jesus no lo remedia

No queda en toda la Europa
una ilusion añeja,
ni intriga de baja estofa,
ni titere con cabeza.

Id por Dios, bravos guerreros,
Id con valor y firmeza
é evitar de los magyares
la propaganda funesta.

Mas ¡ay os haceis los sordos!
ya entiendo vuestra ceguera,
no es que os falte algun sentido
es que os sobra la prudencia.

Pero ¿qué quereis que os diga?
vuestra conducta me afrenta
por mas que no me conforme
con vuestras rancias ideas.

¿Permitireis que arda en Austria
la revolucion sangrienta,

y al ser y estado de antaño
las cosas de un brinco vuelvan?

¿Consentireis con peligro
de vuestra pobre existencia
que de la fatal discordia
vuelva á alumbrarnos la tea?

¿Consentireis, insensatos
que sin amparo ó defensa
del año cuarenta y ocho
se renueven las proezas?

Ya me hago cargo de todo,
y estoy viendo, hablo de veras,
sin asombro vuestro sueño,
sin susto vuestra tibieza

que al ver que los Sanculotes
aunque distantes progresan,
sé que no os falta coraje
pero que os sobra prudencia.

El mal, en fin, si es posible
que haya mal en esa gresca,
es solo para vosotros;
asi, pues, vivid alerta.

Por mi parte, os lo aseguro,
nada arriesgo en la contienda;
peor de lo que hoy me veo
es difícil que me vea.

Pues me teneis tan cargado
que digo de todas veras:
con tal que os vayais vosotros,
aunque los demonios vengan.

Y estais en grave peligro
pues los negocios presentan
mal aspecto, y si furiosos
no os lanzais á la pelea

y derrotais á los húngaros
y los arrojais de Viena,
antes que acabe el verano
vamos á tener tormenta.

Yo no me enfado por eso,
las cosas miro sin pena

y á todas horas del dia
bendigo vuestra prudencia.

LAS PROCESIONES.

—Pero señor *D. Circunstancias* ¿Ha visto V., que procesiones de soldados se van descolgando por toda Europa?

—Lo que yo veo, amigo Juan, es que la reaccion ha recibido un golpe mortal en la derrota Oudinot, y que los romanos se han coronado de gloria castigando la mas infame de las traiciones, el acto de iniquidad mas grande que ofrece la historia.

—Yo si lo comprendo, señor, lo que no comprendo yo es la posicion del Papa, de ese señor que no quiso cooperar á la independenciam italiana por el horror que le causaba el derramamiento de sangre humana. Yo creo que lo que le daba horror á ese señor, era el derramamiento de sangre inhumana.

—Mira lo que dices, Juan, repara que estas hablando del pontifice.

—No es exacto, señor, yo respeto al pontifice y solo me ocupo del principe, y no vacilo en decir que si ese señor es respetable como Papa, lo que es como monarca se ha hecho una reputacion poco envidiable.

—Esplicame eso de sangre inhumana.

—No hay inconveniente, señor, no hay inconveniente, y V., convendrá conmigo en que Pio IX siente menos el derramamiento de sangre humana que el de la sangre inhumana.

—Te digo que esplices eso cuanto antes.

—Le digo á V., que estoy pronto. ¿No ha visto V. como ese señor en un asunto de honor nacional se opuso á derramar la sangre de los croatas?

—Justamente.

—Yo digo que injustamente.

—Hombre, quiero decir que es cierto lo que dices.

—Pues ahora bien, señor, para mi los croatas son los hombres mas inhumanos de la tierra y por consiguiente economizar la sangre de esos hombres es oponerse al derramamiento de sangre inhumana.

—Hasta ahora estás lógico como tú solo.

—Pues bien, señor, concedida la mayor tiene V. que convenir en el todo. V. sabe bien que los romanos son hombres civilizados, en una palabra, que son humanos, y que el desear que se derrame su sangre equivale al deseo de derramar sangre humana.

—En efecto.

—Eso mismo digo yo, en efecto, y puesto que Pio IX no tiene ningun reparo en verter la sangre de los romanos y de los franceses por una causa pobre y mezquina, resulta, señor, que es verdad lo que yo digo á saber que el ex-monarca de Roma no tiene ningun remordimiento de conciencia, aunque por su causa puramente personal corran arroyos de sangre humana; y que si algo le dá horror á ese piadoso, misericordioso, manso y benévolo señor es que se derrame la sangre inhumana aunque en ello esté interesada la paz, la libertad, la independendencia, el progreso, la vida y la dignidad de una nacion.

—Te digo Juan que eso no admite réplica; aunque es posible que no tenga ese señor la culpa de la sangre humana que ha enrojecido los contornos del Capitolio, sino la imprudente diplomacia...

—Eso es, la diplomacia y Pio IX.

—Aunque yo creo que el verdadero autor de esos desastres es el ciudadano Luis Napoleon.

—Si señor, sí, Luis Napoleon, la diplomacia y Pio IX.

—Dáale con Pio IX.

—Pero señor, si no se me puede borrar de la imaginacion la siniestra figura de un príncipe, por cuya causa estarán llorando á estas horas centenares de padres la pérdida de sus hijos. No se me puede olvidar que ese señor ha dado su sancion al proyecto mas inicuo que han conocido los nacidos.

—Convengo en ello Juan; porque realmente si el pueblo romano se ha constituido en república, si se ha dado una forma de gobierno por medio del sufragio universal, la voluntad de ese pueblo debe ser acatada y no conozco nada mas vil y mas vituperable que esa intervencion de la Santa Alianza para acabar con la libertad de Roma. La historia castigará con severidad las pasiones sanguinarias de ciertos hombres, y seguramente no reservará una página muy gloriosa al digno sucesor de Borgia, Gregorio XVI y otros beatísimos varones.

—Pero señor ; ya que no se trata del derecho, porque in-

dudablemente no hay derecho alguno para imponer á un pueblo lo que este rechaza con indignacion ; por qué esa Santa Alianza que manda sus huestes á Roma para esclavizarla no ha hecho lo mismo contra la Francia?

—Porque la Santa Alianza es tan cobarde como infame y no se atreve á chillar sino contra aquellos cuya fuerza numérica cree ser insignificante, inferior á la suya.

—Pues dígame á V. que descubre buenas mañas la Santa Alianza, aunque esa señora no existiera creo que no perderíamos nada.

—Pues hazte cuenta que no existe, porque amigo mio me parece que va á dejar de existir muy pronto.

—¿Lo cree á V. así?

—Así lo creo Juan. Esa señora tuvo la arrogancia de escribir en su bandera el lema de ¡Reaccion ó muerte! y la vá á suceder lo que á aquel ambicioso de que nos habla Salas en el siguiente epitafio:

Aquí yace sepultada,
de un pretendiente prolijo
la esperanza mas osada.
«O Cesar ó nada,» dijo,
y se salió con ser nada.

Creo pues, amigo Juan que la Santa Alianza tendrá la misma fortuna y que dentro de muy poco tiempo hemos de hallar alguna lápida sepulcral con alguna inscripcion de este género

Bajo esta mansion habita
la loca y necia esperanza,
de una alianza maldita
llamada Santa Alianza,
Creyéndose eterna y fuerte,
gritó ¡muerte ó reaccion!
y en parte tuvo razon,
pues se salió con la muerte.

—Allá veremos, señor, yo así lo espero á pesar de las procesiones.

—¿Qué es eso que dices? ¿A qué das tú el nombre de procesiones?

—A esos paseos militares de las potencias que intervienen para proporcionar habitacion cómoda á Pio IX de paso que ellas necesitan pedir intervencion á otras para mantenerse en su casa. ¿Ha visto V. cosa mas estrañotica que los austriacos? Estos miserables aniquilados por los húngaros han teni-

do que pedir amparo á la Rusia para no sucumbir enteramente, de paso que ellos acometen á la República de Roma es decir que ofrecen á Pio IX el mismo apoyo que demandan á los cosacos. Ahora bien señor, los romanos van tras de los franceses, los austriacos tras de los romanos, los húngaros tras de los austriacos, los rusos tras de los húngaros, y se cree que los ingleses irán en seguida tras de los rusos. ¿No tiene esto todos los visos de una procesion?

—Indudablemente y para probarte que acojo tu idea para designar de hoy la época que atravesamos, la llamaremos la época de las procesiones, y á nuestra diplomácia la denominaremos diplomácia de las procesiones, y á la lucha européa que se está provocando y que al fin lleva trazas de enzarzarse, tambien la llamaremos guerra de las procesiones. Esto seria divertido sino fuera porque las tales procesiones me parece que van á concluir como el rosario de la anhora.

No tenga V. cuidado señor. Si solo se tratára de la Hungria, la Francia, la Rusia y el Austria puede que la cosa se hiciera interminable; pero desde que supe que ciertos generales espafíoles iban á poner su espada en la balanza européa, he dicho para mí ¿quién va á ser el majo que se resista? De esta hecha volvemos á dominar al mundo.

LEFRILLA.

Dirán que es malo
nuestro gobierno
y nos obsequia....
con presupuestos!!!

Muchos se quejan
¡qué majaderos!
de la conducta
del ministerio.
¿Porqué demonios
irá creciendo
de tales gentes
el descontento?
Lléveme el diablo

si yo comprendo
 las maldiciones
 ni los lamentos
 que, fieros, lanzan
 hombres tremendos
 con tanto encono,
 con tanto fuego,
 cuando gozamos
 un graa gobierno
 que nos obsequia....
 con presupuestos.

—
 Pero, señores,
 examinemos
 en qué se fundan
 esos denuestos.

Gloria ha de darme,
 no puede menos,
 este problema
 si le resuelvo.

Porque repito
 que yo no entiendo
 por qué razones
 ni qué conceptos
 se escuchan ayes
 y juramentos
 en vez del *ole*,
 jota y bolero,
 porque resuenan
 tristes acentos
 como si fueran
 dias de entierro
 cuando la suerte
 nos dá un gobierno
 que nos obsequia....
 con presupuestos.

—
 Dirán algunos,
 claro lo veo
 que ven los males

del pobre pueblo
y que es siu duda
muy mal remedio
irle sacando
tanto dinero.

Que es deplorable
y hasta indiscreto
de nuestros hombres
el desarreglo,
pues unos gastan
lujo sobervio
cuando otros comen
pan de centeno.

Mas tales quejas
en estos tiempos,
casi carecen
de fundamento.
cuando gozamos
de un gran gobierno
que nos obsequia...
con presupuestos.

—
Pero seamos
claros, ingenuos,
que esto no es cosa
de pasatiempo.
Las tristes quejas
que lanza el pueblo
no son injnstas
en mi concepto.

¿Para qué diablos
el ministerio
saca insaciable
tanto dinero?

Esta pregunta
vale un imperio;
quien la conteste
merece un premio,
porque ella sola,
yo asi lo creo,

llena á los hombres
de desconsuelo
aunque tengamos
tan buen gobierno
que nos obsequie....
con presupuestos.

De mil millones
á mil doscientos
se nos exigen,
esto es horrendo.
¿Dónde se emplea
tanto dinero?
Vana pregunta;
ya lo sabemos:

Mas, oh desdicha!
que aunque es muy cierto
que se hacen tantos
gastos supérfluos,
esátn algunos
á medio sueldo
y andan las viudas
como esqueletos.

Pero ¿qué importa
¡viven los cielos!
de gozo henchidos
estar debemos,
pues disfrutamos
tan buen gobierno
que nos obsequia....
con presupuestos.

Miro los gastos
y los ingresos
y me devano
cascos y sesos,
porque presumo
que fuera bueno
se rebajasen
mas de dos tercios.

Pero, está visto;
 nunca saldremos
 de mojigangas
 ni de embelecos.
 Siga la broma,
 siga el jaleo
 y aun cuando vuelvan
 los atropellos
 y las prisiones
 y los destierros,
 ni una palabra
 decir debemos
 ya que la suerte
 nos dió un gobierno
 que nos obsequia....
 con presupuestos.

HUMILDAD O HUMILLACION.

Se me ha referido un lance que me parece increíble y voy á contárselo yo á mis lectores, para ver si les parece lo mismo ó si comprenden que el suceso es verosímil:

Por que en el lance en cuestion
 hay, diciendo la verdad,
 yo no sé qué de humildad
 que parece humillacion.

Es el caso que cierta gran señora (la crónica no dice si esta gran señora es española, inglesa ó alemana) tiene cierta habilidad y mayor aficion á los ejercicios varoniles, y por consiguiente maneja regularmente la pistola. Ahora bien, hallándose dicha señora en cierta parte (la crónica ha omitido tambien el lugar del suceso) manifestó deseos de mostrar su gran disposicion en el tiro de pistola para lo cual se dirigió á un

sugeto (tampoco dice la crónica el nombre de este prógimo, aunque si indica que pertenece á la aristocr cia) y le dijo: «Mira fulano, ponte en facha que voy á ver si te quito y atraveso el sombrero de un balazo,» y es fama que el individuo fué tan galante, digo no, tan d cil, quiero decir tan humilde que se sometio (aunque no muy gustoso   satisfacer el capricho de la dama.)

Digase por caridad
  vista de tal accion
si acto de tanta humildad
no raya en humillacion.

Pero no par  aquí el lance, señores. Es el caso, que habiéndose colocado el individuo víctima mas Jerecho que un uso, tuvo la señora el antojo de mandarle volverse de espaldas, y el hombre creia recibir tan gran honra accediendo   cada una de estas exigencias, aun á costa de su pellejo, que contest ,   por mejor decir, no contest  nada, sino que se volvió de espaldas mas manso que un cordero contentándose con pedir mentalmente   Dios que concediera   la tiradora nada mas que el tino de Guillelmo Tell. Algunos añaden que este individuo confiaba en que la señora le queria dar un chasco descargando la pistola al aire; pero si fué así discurrió muy mal y pronto debio convencerse de su error cuando al oír el tiro se quitó el sombrero y lo vi  realmente traspasado por la bala que acababa de dispararse.

Y aunque algun camandulon
me diga que es necedad
digo que tal humildad
es mas bien humillacion.

Señores, he contado el caso tal comola crónica lo refiere, y de ningun modo salgo garante de la verdad; pero si el hecho es real, si ha sucedido tal como se refiere, da lugar   muy s rias reflexiones.

Es de presumir que la dama, la heroína de la funcion tu-

viese gran seguridad en su puntería y gran influencia en el ánimo de su víctima; pere aun asi debia abstenerse de hacer una prueba de destreza eu que se jugaba nada menos que la vida de un hombre.

Es de presumir tambien que este hombre tendria grandes motivos para someterse á tan dura prueba; pero la dificultad está en que yo no concibo que ese hombre debiera llevar su complacencia tan al extremo, cualquiera que fusse el ascendiente de la dama que le elegia por blanco de sus tiros.

Pero al fin cuenta la gente
que el lance fué como he dicho,
y que el hombre complaciente
no se resistió al capricho.

Y si en esta narracion
hay algo de falsedad,
digo yo que el tal baron
es un tipo de humildad
ó [mas bien, de humillacion.

EDITOR RESPONSABLE, D. ANDRES PEREZ.

MADRID: Imprenta de *La Reforma*,

A CARGO DE L. BARTHE,

Calle de la Magdalena, núm. 17, cuarto bajo.